

Luca, el pequeño cazador

Era un día soleado en la sabana cuándo Luca, un pequeño leoncito con una melena que apenas empezaba a crecer, saltaba alrededor de su madre, emocionado. Hoy iba a aprender algo muy importante: ¡cazar!

—Mamá, mamá, ¿cuándo empezamos? ¡Quiero ser el mejor cazador de la sabana! —decía Luca, con sus ojos brillando de emoción. Su madre, una leona grande y fuerte, sentada tranquilamente bajo la sombra de un árbol le dijo:

—Todo a su tiempo, Luca. Para ser un buen cazador, necesitas paciencia, concentración y aprender a esperar el momento adecuado.

—¡Yo puedo! ¡Soy rápido! —dijo Luca, corriendo en círculos alrededor de su madre—. ¡Mira, soy el más rápido de todos!

La madre rio suavemente.

—Veremos, pequeño cazador, veremos. Primero debes aprender a acercarte sin ser visto ni oído. Luca se detuvo en seco, mirándola con curiosidad.

—¿Sin ser visto? ¡Eso parece muy fácil!

—Es el primer paso. Mira, observa cómo me acerco a ese pequeño saltamontes que está en esa roca —dijo su madre.

Con movimientos suaves y lentos, comenzó a caminar, muy lentamente hacia el saltamontes, apenas sin hacer ruido, hasta que llegó a él. Luca la miraba con asombro. Era su turno. Intentó imitarla, pero hizo un movimiento brusco con la cola, esta golpeó una rama y el saltamontes saltó y huyó al escuchar el ruido.

—¡Oh no! —exclamó Luca. Nunca seré un buen cazador, si ni siquiera puedo cazar a un simple saltamontes.

Su madre volvió junto a él y le acarició la cabeza.

—Tranquilo, Luca. Nadie aprende en un día. Vamos, sigamos practicando. Mira, ahí está el saltamontes otra vez.

Luca se preparó de nuevo. Esta vez estaba decidido a no hacer nada de ruido. Se agachó como su madre le había enseñado y avanzó hacia su pequeña e inocente presa. Pero a mitad de camino, su pie resbaló con una ramita y se cayó de bruces.

—¡Grrrrr! ¡Esto es imposible! —gruñó Luca, furioso.

Su madre se acercó y se sentó a su lado.



—Frustrarse es normal, Luca. Todos fallamos al principio.

Luca, con los ojos llenos de lágrimas, apretó los dientes.

—¡No puedo, no puedo! ¡Quiero saber cazar ya! — Gritaba totalmente descontrolado. La madre lo miró con paciencia.

—Incluso los mejores cazadores fallan, Luca. Lo importante es no rendirse.

Luca se sentía muy enfadado. Estaba a punto de rugir de nuevo cuando su madre le puso una pata sobre el lomo.

—Cuando te sientas así, quiero que intentes algo —dijo su madre con voz suave—. Respira conmigo. Inhala profundamente como si quisieras llenar tu barriga de aire... y luego exhala, muy despacio.

Luca no estaba convencido, pero decidió intentarlo. Inhaló, y luego soltó el aire como su madre le indicó. Después de unas pocas respiraciones, sintió que el nudo en su estómago empezaba a deshacerse.

—¿Te sientes un poco mejor? —preguntó su madre. Luca asintió, aunque un poco desconcertado.

—Sí... pero aún quiero cazar a ese saltamontes.

—Por supuesto —dijo su madre—. Pero ahora, con más calma.

La madre de Luca decidió hacer las cosas un poco más divertidas. Ella sabía que los leones jóvenes, como Luca, aprendían mejor cuando se divertían.

—Vamos a hacer un juego —dijo la madre—. Vamos a jugar al escondite. Quiero que intentes acercarte a mí sin hacer ruido. Si lo haces bien, no te veré ni te oiré.

Luca se emocionó de nuevo. Esto sonaba más divertido que intentar cazar a un saltamontes.

—¡Estoy listo! —gritó, agachándose y preparándose para el desafío.

Su madre se escondió detrás de unos arbustos, y Luca empezó a avanzar. Aunque estaba emocionado, recordó las lecciones de su madre. Movi6 cada pata con cuidado, mantuvo la cola baja y trat6 de no pisar ramas.

Pero justo cuando estaba a punto de llegar, pis6 una piedra que se movió, y su madre levant6 la cabeza.

—¡Te encontré! —dijo ella, riendo.

Luca se desplom6, decepcionado.

—¡Nunca lo haré bien! ¡Soy un patoso! —gruñó. Después de un rato jugando, la madre y Luca se sentaron bajo un árbol.

—¿Sabes, Luca? —dijo ella—. Yo también me frustraba y me enfadaba mucho cuando era pequeña. No siempre fui buena cazadora. De hecho, solía tropezarme más que tú.

Luca la miró sorprendido.

—¿De verdad?

—De verdad. Todos nos frustramos cuándo algo no nos sale. La clave está en no rendirse. Cada vez que fallas, aprendes algo nuevo.

Luca se quedó pensativo. Tal vez su madre tenía razón. Tal vez no era tan malo fallar si eso lo ayudaba a aprender.

Pasaron algunos días, y Luca seguía practicando. A veces fallaba, y a veces lograba acercarse un poco más a su objetivo. Pero lo más importante era que ya no se frustraba tanto. Cada vez que sentía que iba a explotar, respiraba profundo y seguía adelante.

Finalmente, un día, ocurrió lo inesperado. Luca se acercó a una pequeña presa, sin hacer ruido, sin mover una sola rama. Y... ¡pum! ¡La atrapó!

—¡Lo hice! ¡Lo hice, mamá! —gritó Luca, saltando de alegría.

Su madre lo observaba orgullosa desde la distancia.

—¡Sabía que lo harías! —dijo ella—. ¿Recuerdas lo que aprendimos?

Luca asintió, respirando profundo.

—Sí... cuando me frustro o me enfado porque algo no me sale, respiro, descanso y vuelvo a intentarlo.

—Eso es, pequeño cazador —dijo su madre.

Luca miró a su madre con una sonrisa. Sabía que aún tenía mucho por aprender, pero ya no le asustaba fallar. Ahora sabía que, con paciencia y pidiendo ayuda cuando lo necesitara, lograría todo lo que se propusiera.

FIN